

E. MIRET MAGDA LENA

JUAN Luis Cebrián, en el diario *Informaciones*, publica un agudo artículo, como todos los suyos. En él plantea algunos aspectos del difícil problema de la reconciliación entre nosotros. Y hace comprender a todo el que lo lea que ni está clara, ni es cómoda, ni es fácil tal reconciliación, a pesar de que en un país de tradición cristiana debería hacerse por todos un esfuerzo definitivo de "amnistía", de olvido, que permita una convivencia y una estructura social como la que pide la Iglesia de cara al Año Santo.

¿Por qué no está clara, ni es cómoda, ni fácil la reconciliación? Porque entre nosotros, por más que se diga, hay profundas divergencias enquistadas, lo mismo en el seno de la Iglesia que en nuestra sociedad civil. Y porque la Iglesia, que pudo hacer mucho ayer, antes de ayer y ante-anteayer por una convivencia de todos, verdadera y profunda, no lo hizo. Unas veces se alió claramente con las fuerzas más retrógradas del país, otras con los grupos de poder que miraban sólo a su privilegio y no laboraban por el bien común, y otras usó la cómoda táctica de la política del silencio, que aunque fuera cómoda, resultó siempre muy poco evangélica y de pésimas consecuencias ciudadanas.

Si miramos algunos de los últimos discursos políticos del país, comentados en nuestra prensa que no es "ultra", y los comparamos con el pronunciado por el cardenal Tarancón ante el Episcopado español, reunido en pleno recientemente en Madrid, apreciaremos —por obtusos que seamos— una manifiesta contradicción entre aquellas posturas y ésta. Y, sin embargo, todos aparecemos oficialmente como cristianos y como católicos conciliarios, aunque de conciliarios y posconciliarios tengamos muy poco. Muchos pensamos que el grito de algunas de estas manifestaciones públicas es volver a exclamar: "¿Guerra al turco!".

Y "turcos" parece que seamos hoy todos los que tenemos un mínimo de apertura real, en nuestra actitud y en nuestra mentalidad, ya que los que dan aquel grito simbólico parecen los únicos que tienen las llaves del cielo y de la tierra, y vuelve a resurgir el estrecho criterio de la exclusión, que fue pregonado en aquella otra frase de mala recordación: "¡Muera el que no piense como pienso yo!". Así no se va a ningún sitio que pueda convencer, sino solamente a reverdecer los peores momentos de nuestra historia. Y a esto, cristianos y no cristianos, con toda nuestra pacífica paciencia, tenemos que decir tajantemente que no queremos ser marionetas de este olvido y exclusión de tantos que vamos por la calle con nuestras inquietudes religiosas o civiles cotidianas a cuestas. Se hace preciso, por tirios y troyanos, un esfuerzo para abrir el camino hacia otro modo de vivir, como dicen bastantes de nuestros obispos, que parecen estar dispuestos a no refugiarse por más tiempo cómodamente en el silencio.

El cardenal Tarancón, en uno de los mejores discursos eclesidásticos que yo he oído de boca de un obispo, ha enfrentado la realidad de la reconciliación. Lo mismo que el secretario de la Conferencia Episcopal, monseñor Elías Yanes.

El cardenal dice que "tampoco en nuestra sociedad se respira en estos momentos un ambiente de concordia". ¿Por qué? Porque "las relaciones humanas se han hecho más difíciles por nuevas dificultades económicas, por las frecuentes crisis laborales y por las divergencias que se están manifestando en el campo de la convivencia política". No puede ser camino de solución el que están propugnando algunos y que el cardenal critica: "El permanente recuerdo y la exaltada evocación emocional de algunos acontecimientos históricos, pueden ser causas de separación

¿GUERRA AL TURCO?

entre nuestros hermanos y un obstáculo grave para la reconciliación". No es ningún misterio para nadie que "nuestro pueblo está atravesando momentos difíciles", en esos mismos campos a que antes aludíamos y muy particularmente en el orden económico.

Por supuesto que esta reconciliación necesaria "no es una cómoda armonía social a cualquier precio", ni tampoco es una "huida ante los problemas reales", ni la "indiferencia ante la injusticia". Del mismo modo que no puede ser "un arma que se ofrece al opresor para continuar la opresión ni una ilusión alienante que se predica al hombre explotado para impedir que luche por su liberación", como recuerda monseñor Elías Yanes.

Se trata con esta palabra de "reconciliación" de hacer algo mucho más importante: "Un esfuerzo serio por construir una sociedad cuyas estructuras respeten las exigencias de la justicia y haga posibles unas relaciones más fraternas entre los hombres". Por eso, "frente a un egoísmo socializado hay que establecer una justicia y una caridad socializadas" (monseñor Yanes).

El cardenal Tarancón sintetiza esto para España en un mínimo programa: "La existencia de unas condiciones políticas que hagan efectivamente posible la participación de los ciudadanos desde su propia identidad ideológica, con efectivo reconocimiento de facultades y medios para hacerla valer con plenitud de garantías jurídicas y sin más límites que los rectamente encaminados a asegurar el pacífico y ordenado concurso de los grupos y corrientes de opinión".

Para conseguirlo, la Iglesia tiene que evitar a todo trance "un protagonismo político partidista". La Iglesia, lo que puede y debe hacer, es ayudar al futuro con una crítica de las realidades negativas inconciliables con el "concepto del hombre que nos ofrece la fe en Cristo Jesús", y al mismo tiempo, ser "un impulso renovador del orden temporal" (monseñor Yanes). Pero no puede ni evadirse de todo ello ni convertirse en un partido.

Está de moda hablar de esta transformación usando la palabra "liberación". Pero esta palabra es muy antigua, tan antigua como lo ha sido el mensaje religioso de los hebreos del Antiguo Testamento y de los cristianos del Evangelio. Y si algo tenemos que criticar en esta palabra es sólo el que no sea aplicada en forma integral, porque debe abarcar lo económico, lo social y todo lo que es dimensión esencial del hombre, como recordó el Papa con motivo de la reunión de los dirigentes de la Iglesia en América Latina. Incluso la palabra "progreso", que utilizó Pablo VI hace años en una encíclica famosa, le parece ahora insuficiente. Tendríamos que meditar —por eso mismo— el mensaje del Sínodo de los Obispos a todos los hombres hablando de la exigencia evangélica de promover los derechos humanos, que sería la mejor reconciliación.

Y en este camino de igualdad entre todos los hombres de las tierras de España, un primer paso lo ha dado el cardenal Tarancón en sus declaraciones a "La Vanguardia", de Barcelona. Allí pidió que lo importante no es que un Estado sea o no confesional, sino que actúe según los principios de la Ley Natural, la cual rige para todo hombre de buena voluntad. Y añadió que "los católicos son unos españoles como los demás, sin privilegios de ninguna clase", porque hasta en el batallón asunto del divorcio era legítimo que hubiera católicos —como yo pienso, juntamente con otros muchos españoles— que se estableciera una legislación favorable al matrimonio civil, a pesar de todo el respeto que nos merece la santidad del sacramento del matrimonio. Porque hemos de pensar en aquellos que son hoy día coaccionados socialmente para casarse por la Iglesia, a pesar de no desear hacerlo.

La Iglesia tiene una palabra de reconciliación con motivo del Año Santo, pero esta palabra debe ser sincera, y encarnarla ella misma con su propio ejemplo. Solamente así conseguirá que sea un hecho lo que pide el Sínodo Mundial de Obispos: "Que las naciones y grupos en conflicto procuren la reconciliación suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía, marcada por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados".

Y para eso todos tenemos necesidad de ser evangelizados, cambiados en nuestra negativa mentalidad, hasta los propios obispos, buscando con sinceridad esa justicia y convivencia sin discriminaciones en una sociedad como la pedida por monseñor Yanes. ■